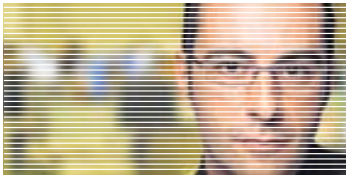


Tribuna

El lujo a la huelga



JULIO CÉSAR HERRERO

Con demasiada timidez, los debates entre los principales candidatos se han ido incorporando a las campañas electorales españolas en los últimos años. La esencia de este formato es la confrontación argumental. Permite ofrecer a la opinión pública la manera en que cada formación política afronta los temas que estructuran la vida de un país. Más allá de la capacidad retórica y del dominio de la oratoria que puedan exhibir cada uno de los líderes, lo verdaderamente relevante debería ser la discusión que propicia sobre los asuntos que importan. Sin embargo, la sociedad en general y los medios de comunicación en particular se empeñan en reducir todo a determinar quién gana y quién pierde. Como si se tratara de un juego. Y, lo que es peor, como si el resultado de ese juego fuera significativo y definitivo. Se nos olvida que los votantes conforman su decisión de voto sopesando diversas variables entre las que el resultado en términos pugilísticos de un debate es tan sólo una. Por esa razón, es absurdo concluir que una discusión televisada puede determi-

nar el resultado de unas elecciones.

Hace cinco días, los sindicatos UGT y Comisiones Obreras no consiguieron parar el país. ¿Y qué? Reducir el éxito o el fracaso de la pasada huelga general al seguimiento de la jornada supone, como en el caso de los debates, un análisis demasiado simplista. Y sería aventurado concluir que la escasa participación se debe a la pérdida de capacidad de convocatoria de los sindicatos o a que los trabajadores respaldan la reforma laboral del Gobierno.

Para disculpar el poco seguimiento, los sindicatos no pueden esgrimir que los trabajadores desconocen el alcance de las medidas del Ejecutivo porque esas decisiones tienen efecto en sus nóminas, en su jubilación, en sus relaciones laborales con las empresas para las que trabajan. Tampoco parece razonable que aleguen amenazas o coacciones de los empresarios a los empleados para impedir que ejerzan su derecho a la huelga. Esas situaciones se han podido producir, pero son igual de anecdóticas que las acciones puntuales de vándalos a sueldos o de delincuentes comunes. Pero el Gobierno tampoco debería concluir que, si el país no se ha parado, la sociedad asume con gusto una reforma que pone en riesgo importantes conquistas alcanzadas, precisamente, por la acción sindical. Sabe que tiene enfrente a la opinión pública porque así lo demuestran las encuestas. Y sabe también que muchos de los asalariados que no secundaron la huelga habrían acudido con

Reducir el éxito o el fracaso de la huelga solamente al seguimiento resulta demasiado simplista

Miles de trabajadores habrían secundado el paro pero no se pueden permitir el lujo de ejercer ese derecho

razón, porque conocen el alcance de las medidas y lo sufren; pero no se pueden permitir el lujo de ejercer ese derecho. Es cierto que la huelga ha llegado demasiado tarde; que los sindicatos deberían haber sido más contundentes; que los vídeos producidos por UGT han sido desafortunados; y que los mensajes difundidos por los representantes de los trabajadores no apuntaban con toda la claridad al responsable de la movilización. Pero también lo es que aún se está a tiempo de negociar hasta donde permita el sentido común; que los márgenes para el acuerdo son reducidos; que la gente con dos dedos de frente distingue entre un vídeo propagandístico y el hecho cierto de que su nómina se ha reducido; y que, tras dos años, la mayoría de la sociedad española sabe dónde están las causas del problema y el culpable, en caso de que só-

lo sea uno.

El 20 de febrero de 2008, el vicepresidente económico, Pedro Solbes, se enfrentó en un entretenido debate al popular Manuel Pizarro en mitad de una campaña electoral que acabaría con un nuevo triunfo del PSOE. La práctica totalidad de los analistas y de los sondeos de opinión dieron como rotundo ganador al socialista. Sin embargo, el paso del tiempo demostró que quien había perdido era quien mejor había descrito tanto la realidad que vivía el país como la insostenible crisis a la que tendríamos que hacer frente pocos meses después. Quizá los telespectadores se dejaron convencer por una correcta puesta en escena y un innegable aplomo del ex vicepresidente quien, con toda seguridad, se esforzó en defender aquello en lo que no creía y que, además, sabía que no era cierto (más tarde decidió abandonar el Gobierno). Quizá el pasado miércoles haya ocurrido lo mismo, pero en sentido contrario. Con una diferencia: Solbes tenía intereses políticos y se jugaba unas elecciones. Sacrificar a los sindicatos por perder una huelga perjudica a la mayoría de los trabajadores, sean de izquierdas o de derechas. *

*DECANO DE LA FACULTAD DE COMUNICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD CAMILO JOSÉ CELA

PARTICIPA EN:

opinion@lavozdeasturias.com